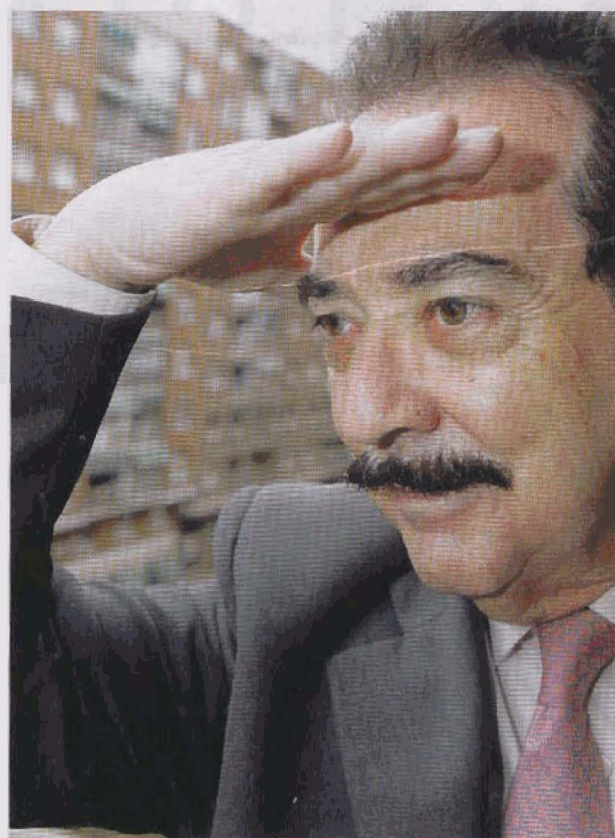


“La vida en 2054”

Cincuenta años es un plazo demasiado largo teniendo en cuenta que el cambio social se ha estado acelerando cada vez más a partir de hace doscientos años. Para verificar esta información no hay más que trasladarse retrospectivamente a hace 50 años, es decir, al año 1956. En esas fechas el mundo estaba en plena guerra fría, Hungría se levantaba sin éxito contra la presencia soviética en su territorio, se estaba librando la guerra de Corea pero nada hacía presagiar la posterior de Vietnam; y menos aún las guerras del Golfo, ni la desmembración del imperio soviético, ni la de Yugoslavia. Rostov predicaba las etapas del desarrollo económico, que en la década de los años 60 se realizó en la mayor parte del mundo occidental, incluido España, pero nadie previó la primera crisis del petróleo de 1973 ni las posteriores. El Mercado Común estaba comenzando, y tampoco se previó su desarrollo hasta ser lo que es en la actualidad la Unión Europea. Tampoco se previeron los cambios que se han producido en las estructuras familiares, ni los cambios en los valores relativos a la nueva moral sexual, el retraso en la edad al matrimonio, la caída de la fecundidad, el envejecimiento tan rápido de la población en todo el mundo, etc. A decir verdad, tampoco se previeron los principales cambios tecnológicos de estos últimos cincuenta años, como el ordenador personal, el teléfono móvil, el vídeo y el dvd. Lo único que se sabía con certeza es que las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945 habían abierto una era nueva, la de la energía nuclear y sus aplicaciones, que cambiarían nuestro mundo, como así ha sido.

Pues bien, el cambio social es cada vez más acelerado, por lo que hacer proyecciones para los próximos cincuenta años hoy equivale posiblemente a hacer proyecciones para los siguientes cien años hace cincuenta años. No obstante, resulta curioso señalar que todas las predicciones que se hacen actualmente para el futuro son muy diferentes según traten de la tecnología o de la organización social. Las primeras son optimistas, y nos pintan un mundo en el que la tecnología resolverá todas nuestras necesidades. Las segundas suelen ser pesimistas, y apuntan a más terrorismo y delincuencia, más pobreza, más droga. En 1979, haciéndome eco de gran número de informes (Club de Roma, OCDE, Naciones Unidas), resumí y argumenté las principales líneas de cambio que se desprendían de dichos informes, y que son las siguientes: crecimiento acelerado de la pobla-



ción mundial que provocaría una presión excesiva sobre el medio ambiente y un deterioro creciente del mismo, lo que conduciría a una disminución creciente de la calidad de vida, por lo que los que se encontrasen en situaciones de mayor poder social defenderían su calidad de vida a costa de la de los demás, lo que conduciría a un incremento creciente de las desigualdades sociales entre países y dentro de cada país, que a su vez provocarían un incremento también creciente de los conflictos entre países y dentro de cada país. Hasta aquí puede afirmarse que esa línea causal se ha ido cumpliendo con bastante exactitud. Pero el corolario de todo lo anterior era que, al aumentar los conflictos entre países y dentro de cada país, surgiría la necesidad de resolver esas situaciones con eficacia y rapidez, mediante el recurso a regímenes políticos crecientemente autoritarios. Esperemos, por tanto, que sea más cierta la dificultad de hacer pronósticos a cincuenta años, como se ha indicado al comienzo, y que no se siga cumpliendo la línea de razonamiento establecida en 1979.